

CONCIENCIA LINGÜÍSTICA Y OTRAS CUESTIONES
EN TORNO A LA SOCIOLINGÜÍSTICA: ESBOZO
DE UN ESTUDIO PRACTICO *

Los estudios realizados giran en torno a dos cuestiones íntimamente relacionadas con las investigaciones estrictamente sociolingüísticas. Nos estamos refiriendo, por una parte, a la localización de índices de conciencia lingüística según posibles dialectos sociales y, por otra, a la actitud de los hablantes ante su propia norma lingüística —o «forma de hablar»—.

En varias ocasiones hemos oído decir a D. Humberto López Morales que para que exista conciencia lingüística es preciso que el hablante sepa, por una parte, que dentro de las posibilidades lingüísticas de su comunidad puede utilizar varias formas léxicas o variantes morfológicas «equifuncionales» y, por otra, que también conozca —de algún modo— la valoración social de los distintos términos.

La presente investigación —igual que la realizada sobre actitudes o posturas de los hablantes ante su norma comunicativa— fue llevada a cabo en la localidad de Fernán Núñez, provincia de Córdoba, situada a 30 kms. de la capital en dirección de Málaga y en plena campiña cordobesa. Con ella, pretendíamos descubrir la existencia de algún tipo de conciencia lingüística sobre variedades dialectales verticales en un casco urbano de apenas diez mil habitantes, entre los que hemos podido detectar —entre otras muchas peculiaridades lingüísticas— un seseo muy profundo y enraizado en todas las capas o grupos sociales —en fuerte oposición al pueblo más cercano

* Comunicación presentada al X Simposio de la S. E. L.

(3 kms.), portador de un ceceo bastante agudo y característico—, un yeísmo generalizado y una elevada utilización de sonidos aspirados de matices muy diversos.

Primeramente, teníamos necesidad de confirmar de forma explícita nuestras fiables intuiciones como hablante de dicha villa. Debíamos preguntarnos por la existencia de algún tipo de conciencia lingüística inicial entre los hablantes de Fernán Núñez. Tal comprobación se nos presentaba como evidente y afirmativa de forma continuada a través de expresiones tales como: *Bien dicho somos, mal dicho («pa entendermo(s)») semos, ¡anjolá!, haiga...; según con quien hable uno, si no, también sabemos («aunque no lo desimo(s) nunca») que la gente de fuera* —equivalente a decir otra gente, diríamos nosotros— *disen ¡ojalá!, haya...* (hombre de edad adulta —cincuenta a sesenta años— y de clase socioeconómica y cultural medio-baja).

Confirmada suficientemente la premisa inicial —existencia de conciencia lingüística entre los hablantes de F. Núñez— teníamos que dar un segundo —y definitivo— paso: comprobar si los sujetos informantes reconocían el status social, económico y/o cultural de otros hablantes a través de los dialectos —en su realización concreta o idiolecto— empleados por estos últimos y escuchados u oídos por los primeros. Buscábamos detectar la existencia de conciencia lingüística corroborada por las distintas maneras o formas de hablar y expresarse en un mismo lugar (sintópico) tan sólo por las diferencias diastráticas, generacionales o de sexo.

Este estudio se basó, en un principio, en la presentación de una cinta estímulo —seleccionada con anterioridad— a un número considerable de personas residentes —y generalmente nacidas— en dicha localidad y pertenecientes a los distintos niveles socioeconómicos, culturales, generacionales..., según una anterior distribución, lo más objetiva posible, del municipio en barrios. La pregunta realizada a dichos informantes era: ¿Quién cree usted que ha hablado, una persona trabajadora —o del campo según la conciencia local— o una persona «estudiada»?

Basándonos en que las dos hipótesis anteriores eran, por un lado, generalmente confirmadas y, por otro, insuficientes desde el punto de vista pragmático; era preciso —para consolidar las posibles conclusiones— ir más lejos y preguntar a los informantes por las razones que les inducían a «opinar» de tal o cual manera sobre

aquella persona de la que sólo conocían por su voz una serie de rasgos específicos, es decir: se les preguntaba por las clases de variantes que les servían de base para afirmar —en la mayoría de los casos— una u otra premisa de la dicotomía inicial.

A continuación, todas las razones aducidas se intentaban agrupar —desechando las no lingüísticas— en cuanto a: razones relacionadas con apreciaciones lingüísticas generales, fonéticas o de pronunciación, léxicas o de vocabulario y sintácticas o de construcción.

Finalmente, y antes de las conclusiones evidentes, se intentó constatar estadísticamente el porcentaje de aciertos según los distintos niveles sociales, económicos —y principalmente culturales—, por un lado, y atendiendo a las razones aducidas, por otro.

Si tomamos como punto de partida una convención según la cual, en un grupo social amplio, podemos distinguir tres niveles socioeconómicos y culturales que se interrelacionan y queremos aplicarla a la localidad en estudio, podemos afirmar —aunque con ciertas reservas— que existe una gran parte (numéricamente hablando) del pueblo que pertenece (real o convencionalmente) al estrato socioeconómico bajo y que ésta en nada —o en muy poco— tiene necesidad de imitar en sus «modales» y maneras expresivas específicas a la clase media —no fácilmente delimitable— y menos aún a la clase socioeconómicamente (y no por ello culturalmente) alta. El carácter estático —lingüísticamente hablando— de la clase alta se puede explicar por lo que podríamos llamar un «orgullo de minorías», mientras que la insensibilidad de las clases obreras y bajas —con mis mayores respetos— ante fenómenos lingüísticos que implican prestigio —y sin duda ellas lo saben— se debe esencialmente (aunque parezca paradójico) a lo que llamaríamos un «orgullo ante la incultura sin solución» y un deseo de selección autóctona (posiblemente falsa).

Tras estas afirmaciones es necesario realizar unas aclaraciones antes de seguir. Los integrantes de nuestra comunidad no identifican —generalmente— clases sociales y económicas con modalidades de expresividad lingüística. Expliquémonos: en la campiña cordobesa —y en Fernán Núñez, como uno de sus núcleos— quizás porque pervive una estructura social capitalista, existe conciencia de que muchos de nuestros conciudadanos, al heredar ingentes cantidades de riquezas, consiguen pertenecer a una clase social alta y no por ello uti-

lizan una modalidad expresiva o «forma de hablar» más prestigiosa. Por el contrario, personas que aún no han alcanzado ser consideradas de la clase social elevada, tienen una manera de hablar considerada como muy válida y de prestigio. Y, en fin, sucede que como conciencia lingüística general en Fernán Núñez —al menos en la actualidad— no se identifica clase social alta con *bien habló* y clase económico-social baja con *mal-habló*, sino que se considera a la clase «*estudiada*» como portadora de un andaluz más cercano a la «norma castellana o española» y a la clase trabajadora o campesina como la que utiliza un andaluz más autóctono, radicalizado, restringido, desprestigiado e incluso estigmatizado: *Porque tengan mucho dinero hablan tó(doh) igual que yo*, es una frase muy repetida —generalmente por las personas adultas— entre los trabajadores no cualificados de dicha localidad cordobesa.

La segmentación del municipio se realizó tomando como base los factores socioeconómicos objetivos, el porcentaje de votos y de tendencias de los votantes en las dos elecciones celebradas en el año 1979 y en el conocimiento personal objetivo-subjetivo por nuestra parte de todo el casco urbano de dicho pueblo. Agrupamos a sus habitantes, según su procedencia, en seis amplios sectores, de los cuales, tres están habitados por personas socioeconómicas y culturalmente pertenecientes a la clase baja, dos por personas de nivel económico y principalmente cultural medio y uno por personas del estrato alto. De estos seis barrios, finalmente, sólo estudiamos cinco, ya que optamos por no trabajar en el sector llamado Monte de la Vieja —perteneciente al estrato bajo— por reconocer en él una serie de peculiaridades sociolingüísticas muy «*sui generis*» susceptibles de ser investigadas independientemente. Además, es preciso decir que son divisiones no tajantes, ya que, además de que es natural encontrar interferencias, podrían haberse realizado divisiones más exhaustivas.

Contamos —ya deberíamos haber dicho que estas investigaciones fueron realizadas entre los meses de julio y noviembre de 1979—, finalmente, con un total de 44 informantes: 16 por cada uno de los estratos doblemente representados (bajo y medio) a razón de ocho por cada uno de los barrios y 12 como representantes del sector socioeconómico y principalmente cultural alto, con igual participación de las variables sexo y, y a su vez, nivel generacional (jóve-

nes, diecisiete-veintiún años; adultos, treinta y cinco-cuarenta y cinco años).

Muy resumido, el desarrollo de esta parte de la investigación fue el siguiente:

1.º Selección de un corto número de temas neutros y objetivos sobre los que cualquier persona de dicho pueblo pudiera hablar durante un tiempo aproximado de un minuto (*un minuto parese poco, pero durante él se puede hablar mucho; ...se pueden desir muchas cosas* nos decían los fernannuñenses. De entre seis o siete posibles temas generales, optamos por el siguiente: ¿Conoce usted nuestro «corte inglés»? ¿Qué piensa de él (es un mercadillo ambulante ya inseparable de todos los miércoles en Fernán Núñez).

2.º Posteriormente se recogieron las voces de venticuatro personas —muy heterogéneas entre sí— que opinaron sobre la cuestión anteriormente citada. De entre ellas —aunque en un principio sólo pensábamos seleccionar a seis— elegimos de una forma lo más objetiva posible ocho, entre las que se encontraban cuatro representativas de trabajadores no cualificados u obreros y cuatro de «estudiados» o profesionales; todos fernannuñenses y residentes durante largo tiempo en dicha localidad. Estas ocho voces podían representar, *grosso modo*, a los ocho tipos de personas más características en dicho municipio (atendiendo a su nivel generacional, sexo, «estatus» socioeconómico, nivel cultural, etc.).

3.º Dichas voces, recogidas por un único receptor y en idénticas situaciones comunicativas, fueron posteriormente traspasadas por nosotros mismos a una cinta estímulo tipo en la que se distribuyeron —identificándolas por fonemas: del /A/ al /H/— de forma arbitraria y buscando la mayor objetividad. Sólo haremos alusión a las características más o menos específicas de cada uno de los componentes de la cinta-estímulo:

Voz A: Persona trabajadora —ama de casa—. Es una señora típica del pueblo, de cincuenta y dos años de edad. Habló durante un minuto.

Voz B: Obrero agrícola y hombre del campo. Es un hombre típico del pueblo de Fernán Núñez, de cincuenta y nueve años (1 minuto y 5 segundos).

Voz C: Persona con estudios. Profesor de Enseñanza Media. Es una persona de Fernán Núñez, de treinta y tres años de edad, pero

relacionada con otras provincias y localidades andaluzas —e incluso castellanas—. Habló durante 55 segundos.

Voz D: Persona trabajadora —siempre según la conciencia propia de los habitantes de este pueblo— (mecánico). Es un joven de veinte años, muestra característica de los fernannuñenses jóvenes que trabajan desde temprana edad (55 segundos).

Voz E: Persona «estudiada». Es una joven de veintidós años de edad, representante de la juventud con estudios medios y superiores, nacida y residente en nuestra localidad (1 minutos y 10 segundos).

Voz F: Persona adulta (y «del pueblo») estudiada. Representante de las personas adultas y con estudios de Fernán Núñez. Cuarenta y cuatro años de edad. Ama de casa y profesora de E. G. B. (1 minuto y 5 segundos).

Voz G: Ama de casa. Representante de las personas sin estudios con una edad y unos conocimientos medios —estos últimos casi mínimos—. Habló durante 55 segundos.

Voz H: Persona «estudiada» (profesor de E. G. B.). Veinticinco años de edad. Representante de las personas del pueblo con mayores conocimientos y más profunda sedimentación cultural (50 segundos).

En suma, tanto estas voces reseñadas como los cuarenta y cuatro informantes anteriormente citados responden a la selección de personas en torno a los posibles sociolectos en el habla de Fernán Núñez (Córdoba).

Los materiales recogidos —provenientes de la presentación de la cinta-estímulo a los cuarenta y cuatro informantes— fueron clasificados en relación con los índices de conciencia lingüística, por un lado, y en razón de la índole lingüística de las respuestas o síntomas que, consciente o inconscientemente, emitían los informantes —como bases de sus afirmaciones ante la primera pregunta dicotómica—, por otro. El resumen esquematizado de los resultados en ambas cuestiones fue el siguiente:

Índices de conciencia lingüística.

Los componentes de la clase socioeconómica y cultural alta difícilmente se equivocaron a la hora de «etiquetar» a la persona que emitía cada una de las voces. El grado más alto de aciertos lo dan los jóvenes de ambos sexos de dicho estrato: un 98 % de aciertos. Las personas adultas de este estrato alcanzaron un 96 % de aciertos.

Del nivel socioeconómico y cultural medio debemos decir, en primer lugar, que nos fue bastante difícil su delimitación real y que, decidido a presentar esta comunicación, volvimos a realizar un nuevo estudio concreto —principalmente del sector formado por las personas adultas de sexo femenino pertenecientes a este estrato—. En el nivel generacional joven el número de aciertos alcanzó el 93 %. Las dudas aumentan en el sector de las personas adultas de sexo masculino, aunque el porcentaje de aciertos supera el 90 %. En cuanto a las personas adultas femeninas —en contra de lo que podíamos pensar en un primer momento— hemos podido constatar un número de aciertos superior a todos los demás componentes de este sector. En efecto, el porcentaje de aciertos ha superado el 94 %. Es decir, se ha acercado bastante al porcentaje de aciertos manifestado por las personas adultas del nivel superior o alto.

En el estrato socioeconómico y cultural bajo disminuye considerablemente el porcentaje demostrativo de la conciencia lingüística. En este estrato se pone muy de manifiesto un fenómeno que podríamos llamar «familiarización / no familiarización» con la voz que oían. El porcentaje de aciertos en este estrato fue de apenas un 79 %, distribuido en oposición a los restantes estratos anteriores de tal manera que el sector de personas adultas mostró tener un mayor nivel de conciencia lingüística (82 % de aciertos), mientras que el sector joven sólo alcanzó un 76 % de reconocimientos.

Aunque la separación entre ambos sexos dentro de cada una de las generaciones y en relación con los distintos estratos —salvo en el sector adulto de nivel medio— no ha sido realizada en razón de que las diferencias fueron inapreciables, esta investigación da como resultado que, en general, existe una elevada capacidad de captación de los sociolectos lingüísticos existentes entre los hablantes de Fernán Núñez. Las diferencias en el porcentaje —siendo las mayores entre los jóvenes de los estratos uno (bajo) y tres (alto)— y el número global de reconocimientos positivos —que ascendieron a un 89,5 %— estimamos que son pruebas concluyentes bastante válidas, aun cuando esta investigación pueda encerrar algún que otro mínimo error.

Indole lingüística de las respuestas o síntomas.

Era evidente, desde un principio, que existirían razones no lingüísticas para caracterizar a una voz, como correspondiente a un determinado tipo de personas. No obstante, la mayor o menor cantidad de ellas ya era sintomático. En efecto, las personas de la clase socioeconómica y cultural alta eran las que menos hacían uso de ellas (de un 20 % a un 30 %), mientras que en la clase socioeconómica y cultural baja las razones extralingüísticas llegaron a alcanzar el 50 % —e incluso el 60 %—. Como ejemplos, citar «Tiene una voz muy ronca», «Ese hombre está equivocado» o «A mí no me ha convencido».

Las razones lingüísticas aducidas por los informantes —sin haber llegado a realizar una distribución exhaustiva de ellas, en atención a los distintos niveles socioeconómicos y principalmente culturales— fueron agrupadas en: apreciaciones generales, léxicas o de vocabulario, notas relacionadas con la pronunciación —o fonéticas— y razones en orden a la sintaxis o construcción. En conjunto, las apreciaciones generales privaron sobre las demás. Le siguen en frecuencia las razones de tipo léxico y a éstas las relativas a la «manera de pronunciar». Finalmente, las notas sintácticas apenas si son captadas por los informantes.

Sólo a modo de «botones de muestra» citaremos algunas de las razones presentadas por los informantes en relación con la segmentación anteriormente expuesta.

Entre las apreciaciones generales podemos citar:

- «Por la forma de hablar».
- «Se ha explicado divinamente».
- «Se nota que tiene poca cultura».
- «Por la manera de explicarse».
- «Por la forma y el contenido».
- «Vive de lo que sabe».
- «No es de las más apretadillas», etc., etc.

Algunas de las respuestas relacionadas con el léxico fueron:

- «Ha utilizado palabras como avía».
- «Ha dicho trapo(s) y tío».
- «Utiliza palabras que no entiendo: atuendo(s), pintoresco(s)».

«Su vocabulario es muy usual».

«Vocabulario popular: arca o flechá».

«Además de las populares utiliza palabras más rebuscadas».

«Vocabulario muy reducido», etc., etc.

Contestaciones relacionadas con la pronunciación fueron:

«Pronuncia incorrectamente: me tenía (me he tenido), mo^h conviene (nos ...) ... palatro (para el otro)», etc.

«Se come palabras».

«Pronunciación castiza».

«Sus pronunciaciones finales son las características: ha dicho mercao y existe la desaparición de la ese final», etc., etc.

En cuanto a las alusiones sintácticas o de construcción podemos citar las siguientes:

«Utiliza frases no rebuscadas y expresivas más completas y complejas».

«Utiliza demasiado polisíndeto: sintaxis elementalísima».

«Parece que las frases las corta un poco».

«Repite lo mismo y las mismas frases», etc.

De este modo terminamos la exposición de este estudio. Ahora expondremos muy sucintamente algunos datos sobre el trabajo realizado en relación con la actitud de los hablantes ante su propia norma lingüística. Finalmente realizaremos una recapitulación presentando algunas conclusiones mínimas.

Algunas ideas recogidas a D. Manuel Alvar nos llevaron a completar la investigación anteriormente reseñada. Partiendo de un mismo contexto, contando con los mismos informantes del trabajo anterior —las ocho voces incluidas en la cinta-estímulo y los cuarenta y cuatro informantes— y tomando como base la pregunta ¿Qué es lo que usted cree que nosotros hablamos? obtuvimos una serie de respuestas y a partir de ellas realizamos algunas afirmaciones conclusivas. Pasamos a esquematizar estos puntos.

Las voces A, B, D y G —recogidas en la cinta-estímulo—, representantes en conjunto de la clase obrera o trabajadora no cualificada, primeramente, tenían temor a responder —por ignorancia o incapacidad personal— y, en última instancia, las designaciones con las que hacían referencia a nuestra —de ellos y mía— norma lingüística

mostraban una cierta indiferencia e incluso un cierto desdén hacia ella. Sus respuestas fueron:

«Un andaluz cerrado».

«Un castellano, pero malamente».

«Yo creo que es el castellano, si es el español, eso yo no lo sé... ¡Cómo habla uno tal mal!», etc.

Por el contrario, las voces C, E, F y H, representantes de las personas «estudiadas» o con cultura de Fernán Núñez, respondían con conocimiento de causa o apenas sin titubeos y sin añadir calificativos que connotaran desprecio o indiferencia por lo que hablaban. Respuestas suyas fueron:

«El castellano, aunque su denominación debe de ser la de español».

«Una modalidad del andaluz».

«Variante andaluza del castellano», etc.

Realizada la pregunta base a todos y cada uno de los informantes pudimos corroborar plenamente nuestras primeras intuiciones. En efecto, a medida que bajamos de nivel o espectro socioeconómico —y principalmente cultural— las notas peyorativas sobre nuestra peculiar «forma de hablar» se hicieron más insistentes. Nos encontramos con las respuestas más diversas pero nos confirmaron las afirmaciones realizadas anteriormente con respecto a las voces incluidas en la cinta-estímulo: ausencia casi total de divagaciones o incertidumbre por parte de las personas del nivel 3 o alto a la hora de contestar dicha pregunta y respuestas vagas, indiferentes e incluso con sesgos y matices despreciativos —principalmente procedentes del nivel socioeconómico y cultural 1 o bajo—. De aquí se deduce que se oyesen respuestas totalmente dispares a la vez que curiosas.

Respuestas del estrato 1 (nivel socioeconómico y cultural bajo) fueron:

«Hablamos el español, pero es el andaluz».

«Andaluz a lo basto».

«Lengua andaluza mal-apañá».

«Esto no lo entiende nadie».

«Castellano como andaluz, aunque en Castilla hablan mejor que nosotros», etc., etc.

Respuestas del estrato 2 (nivel socioeconómico y cultural medio) fueron:

- «Lenguaje coloquial».
- «Castellano».
- «Español».
- «El dialecto andaluz».
- «Castellano poco correcto pero no bajo», ...

El tono despectivo tiende a desaparecer, aunque se recogieron algunas contestaciones —muy escasas— que dejaban ver un tono peyorativo:

- «Lengua española con los defectos del lenguaje andaluz», etc.

Por lo que respecta al estrato 3 (nivel socioeconómico —y principalmente cultural— alto), las respuestas fueron más seguras a la vez que más abundantes en matices (sin aparición —salvo en dos excepciones: «Hablamos el andaluz mal hablado»— de calificativos peyorativos). Entre dichas respuestas podríamos citar:

- «Hablamos castellano o español».
- «Hablamos un español vulgar».
- «Castellano».
- «Hablamos andaluz, que es diferente del español».
- «Mezcla de andaluz y castellano».
- «Hablamos la lengua española».
- «Una variante dialectal del castellano».
- «Castellano con acento andaluz», etc.

Las conclusiones a estos estudios fueron, ya en su día, múltiples y hoy, en razón de los trabajos que estamos llevando a cabo, estamos con posibilidades de poder, por un lado, reafirmarlas y, por otro, ampliarlas. Así, en el habla de Fernán Núñez hemos detectado: una gran dosis de inseguridad lingüística por parte de sus hablantes relacionada con la valoración social de las diversas realizaciones expresivas (*mos/nos* en los mismos informantes, por ejemplo), las características fonéticas —principalmente— imperantes en dicho municipio están bastante profundamente enraizadas (seseo, aspiración de /h/ inicial, pérdida de la /-d-/ intervocálica y de la /-s/ final compensada con la abertura de la vocal —o vocales— anteriores, yeísmo, etc.); está desapareciendo la homogeneidad lingüístico-

social con el surgimiento de profundas brechas entre los modelos y las aspiraciones lingüístico-sociales de todos y cada uno de los fernannuñenses, etc.

LUIS RAYA CASTILLO